

sobre su hijo, y un minuto despues habia cesado de existir. El contrabandista se colocó de un brinco en la grupa de mi caballo, y logramos abrírnos paso en medio de dos filas de enemigos. Repentinamente oímos resonar á nuestra retaguardia el galope de un caballo: era uno de los feroces *tamarindos*, que sirviéndose de la cabalgadura de uno de nuestros camaradas, nos perseguía tenazmente. Dí media vuelta haciéndole frente; al mismo tiempo Albino arrojó un rugido de rabia. De la cabeza de la montura pendia una cabeza ensangrentada, bella aún, á pesar de la muerte: era la de la mujer del contrabandista: Albino se dejó caer al suelo. Cerca del pnesto en que nos encontrábamnos habia un *mezquite*: á una de sus ramas até por el vestido al niño que llevaba, al jóven que acaba vd. de ver, y ataqué al *tamarindo*. Algunos momentos despues galopábamos Albino y yo, lado á lado; yo conduciendo al niño entre mis brazos, él llevando dos cabezas en la mano, la de la víctima y la del asesino. ¡Y cree vd., añadió el capitán con visible emoción, que se olvidan nunca semejantes cosas! Por salvar la vida de ese jóven, á quien he protegido desde la cuna, sería capaz de arriesgar mi salud eterna. ¡Habria yo,

despues, retrocedido ante el temor de hacer desempeñar á vd. un papel, que de ninguna manera podia comprometerlo? Por otra parte, este no es mas que un incidente de mi larga vida de aventuras, y debo hacerle á vd. una sincera confesion. Ya le he hablado á vd. de la fiesta de Zapopam, que es mañana, y le he prometido á vd. ser su guía. Puesto que le agradan á vd. los recuerdos de nuestras guerras civiles, yo tengo muchas cosas que referirle.

Me guardé bien de rehusar el ofrecimiento de D. Ruperto, y nos separamos muy buenos amigos.

CAPITULO III.

ALBINO EL CONTRABANDISTA.

Sin duda el capitán tenia mucho empeño en cultivar la amistad formada entre nosotros por la casualidad, porque á la mañana siguiente, día de la fiesta de Zapopam, entró á caballo á cosa de las diez de la mañana en el patio del *meson* á donde yo estaba posado. Mi caballo estaba

dispitesto, bajé, y ambos tomamos el camino del pueblo de Zapopam, situado á dos leguas de Guadalajara. Las calles que atravesamos estaban muy compuestas: las cortinas de seda, lana ó algodón que servian de sobrecamas á los habitantes, se hallaban colgadas á guisa de adornos en todos los balcones. Unos arcos formados de *tules* frescos, mezclados con innumerables flores silvestres, pendian sostenidos en los balcones de una y otra acera. Las campanas tocaban á vuelo, y los cohetes tronaban por todas partes, principalmente en las azoteas. Los habitantes de la ciudad circulaban fuera de sus muros; los del campo invadian la ciudad. El camino que conduce á Zapopam se hallaba lleno de carruajes, de individuos á caballo y gentes de á pié, que como nosotros, se dirigian al encuentro de la Virgen milagrosa, que iba á verificar su entrada solemne en Guadalajara. Supe en el camino por boca del capitán, que para tener el honor de combatir á los españoles bajo la proteccion del cielo, y para oponer una Virgen á la de los Remedios, elevada al rango de *generalísima* por el virey Venegas, los *tapatíos* (es el nombre que dan á los habitantes de la capital de Jalisco) habian dado á la patrona de Zapopam el

grado de *generalá*. La ceremonia se habia verificado el 13 de Junio de no sé que año, y aquel dia era el aniversario de la fiesta á que asistiamos.

Nos hallábamnos aún á medio camino, cuando encontramos el carruaje en que caminaba la Virgen, y el cual no iba tirado por caballos ni mulas, sino por los fieles que lo hacian con el mayor gusto. La imagen fué recibida con estrepitosos vivas y aclamaciones, y atravesó triunfalmente la multitud, adornada con una banda tricolor, es decir, con los tres colores nacionales, verde, blanco y encarnado, lo que demostraba un grado militar muy elevado. Habria sido una imprudencia no inclinarse con respeto delante de aquella imagen. Los *tapatíos* son afamados en toda la República por su destreza en el manejo del puñal, y se entregan con mucho gusto á los ejercicios de la arma, á los cuales son excesivamente aficionados.

—¿Quiere vd. que continuemos paseo? me preguntó el capitán, cuando la piadosa procesion se hallaba distante de nosotros. Todas estas cosas me recuerdan, á pesar mio, los dias de mi juventud. En el camino, le referí á vd. la aventura que me hizo conocer mi vocacion decidida para *guerrillero*. Conocerá vd. á los hom-

bres que dieron á este país la señal de la insurreccion contra la tiranía española.

Habia escogido perfectamente el lugar y el momento para la evocacion de los héroes y de las escenas gloriosas de la revolucion mexicana. Todos los alrededores de Guadalajara hablan de la guerra de independencia. Una larga calle de sauces se extiende desde el pueblo de S. Pedro, inmediato á Zapopam, hasta la capital del Estado de Jalisco, y en aquel camino solitario, D. Ruperto podia comenzar su narracion, con la certidumbre de que no seriamos interrumpidos; así, pues, se apresuró á cumplir su promesa.

—Mi vida militar, me dijo el capitán, comenzó en 1810. Mi padre era en aquella época administrador de una hacienda muy hermosa, situada á pocas leguas de Tampico. Aquella hacienda pertenecia á un rico español. Tenia yo entonces cosa de veinte años, y mi principal ocupacion (porque nuestros amos no querian que se instruyesen los criollos) consistia en recorrer á caballo las posesiones que estaban á cargo de mi padre, en lazar toros y en domar los potros que se destinaban para la silla y para la caballeriza del propietario. Aquella educacion me crió naturalmente robusto, acostumbrado á las

fatigas y á todos los ejercicios que constituyen un verdadero *ginete*. Habia aprendido tambien á manejar el fusil, la espada y la lanza.

Un dia, era un domingo del mes de Febrero del año de 1810, y como dia festivo, se hallaban suspensos los trabajos en la hacienda, me paseaba á caballo á la orilla del mar. El animal que montaba era un sobervio alazan, al que yo habia echado la primera silla, y al que queria mucho, á pesar de que no me pertenecia. El sol comenzaba sus ardientes rayos, y yo habia echado pié á tierra á la puerta de un *tendejon*, al que entré para refrescarme, despues de aquel largo ejercicio. Habia atado mi caballo á uno de los pilares de mampostería que formaban el portal de la taberna. Apenas me habia sentado, cuando un oficial de dragones de San Luis penetró en la sala y preguntó con voz imperiosa á quién pertenecia el caballo que se hallaba en la puerta.

—Es mio, señor capitán, dije modestamente.

—¡Tuyo! añadió el oficial con el mayor desprecio; ¿no sabes, pícaro, que un criollo no tiene derecho para montar á caballo, lo que es un privilegio exclusivamente reservado á nosotros los españoles? En

verdad que el virey hace mal en permitir á otros *bribones* montar yeguas, y que no debia concéderselos mas que para cabalgar en burros.

—Ignoraba que obrase mal, contesté.

—No lo olvidarás en lo de adelante, pícaro, continuó el capitán, y la lección te costará tu caballo.

—¡Es que no me pertenece! exclamé.

—¿Entonces has mentido, ó lo has robado?

—Ni soy ladrón, ni mentiroso, contesté colérico; porque los mexicanos reunidos en la sala, habian comenzado á reirse cobardemente del ultraje hecho á uno de sus hermanos.

El oficial no pronunció una sola palabra; mas el látigo que tenia en la mano silvó en el aire, y tocó mi mejilla. Dí un salto, lleno de rabia; sin embargo, era tal el terror que nos iuspiraban nuestros tiranos, que el brazo que habia yo levantado, cayó con desaliento. Me contenté con interrogar con la vista, estremeciéndome, las fisonomías de los mexicanos, reunidos á mi derredor. Una risa, un movimiento burlesco, me habria servido de pretexto, para hacer caer sobre mis compatriotas el peso de aquella cólera que no me atrevia á descargar sobre

el español; pero nadie pareció dispuesto á añadir un insulto al ultraje que yo habia sufrido. Entonces ví á un jóven en traje de pescador, sentado á pocos pasos de donde yo estaba, ponerse pálido y levantarse visiblemente conmovido, por el indigno trato que se me daba. ¿Qué mas le diré á vd? yo estaba solo; el oficial iba acompañado por dos amigos suyos, yo me hallaba desarmado y sin poder defenderme, y á pesar de mis instancias, mi caballo fué conducido por el *asistente* de uno de los oficiales.

Salí de la taberna, y caminé algun tiempo, sin saber á dónde dirigirme. Seguia una vereda, apenas visible en la arena, á la orilla del mar, cuyas olas azotaban la playa con un ruido triste y monótono. Mil blasfemias y necias amenazas se escapaban de mi boca, cuando una voz áspera, gritó repentinamente á mis espaldas.

—¡Hola! amigo, ¿á quién le habla vd. de esa manera?

Yo era, y aun soy algo supersticioso, y aquella voz que respondia bruscamente á mi pensamiento, me pareció la del demonio, siempre pronto á ofrecer á los hombres los medios de perder sus almas. El hombre que tan ásperamente me ha-

bia apostrofado, se hallaba cubierto con un traje grosero, á pesar de que no parecia pertenecer á la ínfima clase de la sociedad. Tendria cincuenta años, poco mas ó menos. Su fisonomía inteligente y orgullosa á la vez, imponía el respeto y la obediencia. Turbado por aquel inesperado encuentro, al principio solo pude murmurar algunas palabras incoherentes, haciendo la señal de la cruz. Este movimiento hizo sonreír desdeñosamente al desconocido.

—¡Groseras supersticiones! dijo mirándome con una especie de burla y de compasion; sí, eso es todo lo que se enseña á nuestros hijos. ¿Quién ha ultrajado á vd., hijo mio, y qué mano ha estampado en sus mejillas esa sangrienta marca?

Yo habia dado mis quejas al viento, tomando por testigos á las orillas del mar, así es que no me hice de rogar para comunicar mis penas á la persona que parecia demostrarme tan vivo interes. Escuchándome, aquel hombre dirigía su vista, de cuando en cuando, á la línea azul que terminaba el horizonte, é interrumpió un momento mi relacion para preguntarme si un punto blanco, que me designaba con el dedo, era una gaviota ó una barca de pescador.

—No es gaviota ni barca, respondió, sino el velámen de un buque de tres palos ó un brick.

—Bien, respondió; continué vd.

Y terminé mi relacion, no sin hacer los mayores esfuerzos, para vencer la emocion que me ahogaba. Cuando concluí, el extrangero me apretó la mano.

—Cuenta vd. conmigo, me dijo, quedará vd. vengado, y otros muchos lo quedarán igualmente.

En aquel momento se presentó á nuestra vista el pescador, cuyas buenas disposiciones para conmigo habia notado en la taberna.

—¡Vive Cristo! dijo acercándosenos; un latigazo semejante debería cortar la vida no solo al que lo ha dado, sino á toda la raza de nuestros opresores.

—Eso es fácil de decir, contesté, y vd. que hace gala de tan orgullosos sentimientos, ¿por qué no tomó mi defensa, cuando me hallaba solo contra tres oficiales de los dragones de San Luis?

—¿Por qué? Porque aun no ha llegado el momento; pero paciencia, lo que no se hace en un dia se hace en dos. Entretanto ¿está vd. decidido á vengarse del ultraje que ha recibido?

—Sí, sí, puedo hacerlo.

—En el presente caso se puede todo lo que se quiere, contestó el hombre que me había hablado primero, y que continuaba dirigiendo la vista con distracción al horizonte.

El navío comenzaba á crecer, como una de esas nubes lejanas que aumentan de volumen á medida que el viento las empuja hácia el Zénit.

—¡Ah! continuó, ahora sí distingo todo el velámen.

—¡A fé de contrabandista! es un hermoso bergantin, exclamó el jóven pescador mexicano; pero todavía es muy temprano para que se aproxime á la barra.

—Viene á reconocer la costa mientras hay luz, para poder abordar en la noche, respondió el compañero del que acababa de declarar tan ingenuamente su profesion de contrabandista.

Al mismo tiempo ambos individuos se alejaron á poca distancia, y observé que hablando en voz baja, tan pronto me designaban como dirigian sus miradas á uno de los puntos mas elevados de la costa. En la cumbre de un peñasco elevado, que dominaba por una parte la corriente del rio Pánico, y por la otra el mar, se dibujaba en el azul del cielo la gavita de un vigía ó guarda-costa. Comprendí que la

presencia de aquel guarda molestaba á los dos interlocutores. El mas jóven se acercó á mí.

—Amigo, me dijo resueltamente, se trata de tomar un partido. ¿Es vd. de los nuestros? A nombre de este caballero le ofrezco de nuevo la venganza. Véamos; mientras hierve aún la sangre en sus venas, ¿jura vd. por la salud de su alma, que será de los nuestros?

—¿Quién es vd? pregunté al desconocido.

—¿Qué le importa á vd. si le ofrezco los medios de vengarse?

—Pues bien, con esa condicion, soy de vdes., lo juro por la salvacion de mi alma. Ahora ¿puede vd. decirme quién es, y quién es este caballero?

—Yo soy el contrabandista Albino Conde; en cuanto á este caballero, aun debe vd. ignorar su nombre.

Habia oido hablar con frecuencia de Albino, como de uno de los mas audaces contrabandista de la costa. Bajo el régimen español, el contrabando era un oficio lucrativo, aunque muy peligroso. Era una guerra á muerte entre los guardas de la aduana y los enemigos del fisco, y en aquellas luchas mortales, Albino Conde se habia creado una fama extraordinaria.

Quedó convencido que esperaríamos detras de los nopales á que el sol estuviere próximo á desaparecer, y entonces Albino, su compañero y yo, iríamos á abordar el navío que se hallaba á la vista. Parecía que ambos tenian datos ciertos sobre su nacionalidad y sobre la clase de su cargamento. Yo me hallaba ausente, durante semanas enteras, de mi habitacion, así es que no temia alarmar á mi padre volviendo á la casa la mañana siguiente; la esperanza de vengarme pronto bastaba, por otra parte, para detenerme en la playa, y aunque no pudiese comprender exactamente la analogía que podia resultar de aquel contrabando, con los motivos de queja que yo tenia, sin embargo, no vacilé en prestar una ciega obediencia á los planes misteriosos de mis compañeros.

A través de los nopales que crecian en la ribera, el contrabandista no cesaba de observar las maniobras del bergantín. Tambien tenia los ojos fijos en la eminencia donde se hallaba apostado el vigilante, y en el mástil de señales que se elevaba al lado de la cabaña; Albino vió al bergantín virar de bordo en el momento en que un pabellon izado por el vigilante, acababa de señalar la presencia de un navío mas allá de la barra; el bergantín

comenzó inmediatamente á disminuir de tamaño en el horizonte, y el pabellon que lo señalaba fué arriado repentinamente.

—¡Vive Cristo! dijo el contrabandista. Podian irse al infierno todos los guardacostas; ahí está uno, que si no lo remediamos, va á pasar la tarde, señalando las idas y venidas del navío.

En efecto, á medida que el barco se alejaba ó se aproximaba, las señales del vigía indicaban inmediatamente sus movimientos. El sol se ocultaba ya en el horizonte, cuando el bergantín creció de nuevo á nuestra vista y enarboló el pabellon español. Inmediatamente apareció el propio pabellon en el mástil de señales.

—¡No es el que esperamos! dijo el mayor de mis dos compañeros.

—Nada tema vd., doctor, agregó Albino, ¿cree vd. tan inocente al capitan del bergantín, para enarbolar el pabellon francés? Es el mismo buque del que descargamos ayer algunos tercios de sedería; aunque habitante de la tierra, tengo una vista de marino, y nunca me engaño, estoy seguro; lo esperan á vd. á bordo y yo lo conduciré; debemos únicamente esperar que se oculte el sol.

—¡No habria sido mas sencillo, dijo el individuo á quien Albino llamaba doctor,

que el hombre que vd. sabe, hubiese venido á la playa en lugar de esperarme á bordo?

—Sí; pero habria corrido el riesgo de que lo prendiesen y lo fusilasen tal vez, y á vd. con él, mientras que de la otra manera ninguno irá á molestarlos, cuando vdes. estén concertando sus planes en el puente ó en el camarote del navío. Así es que creo mas prudente que vd. vaya á bordo.

El doctor se tranquilizó con las prudentes reflexiones del contrabandista, y permanecimos silenciosos, inmóviles en nuestro puesto de observacion, esperando el momento en que las tinieblas de la noche nos permitiesen salvar la barra y llegar al navío frances. En fin, los últimos rayos del sol no doraban mas que las cimas de los palmeros y la altura donde se hallaba el guarda-costa, cuando, despues de haber hablado algunos instantes en voz baja con el doctor, Albino me hizo señal de que lo acompañase. Despues de haber dejado solo al doctor, seguimos juntos por la orilla del rio. Habiendo llegado despues de un cuarto de hora de marcha al lugar en donde se estrechaba la corriente entre dos riveras de cañas, Albino sacó de entre aquellas plantas acuáticas una

pequeña piragua que se hallaba oculta. Atravesamos el rio, y tomamos tierra en el lado opuesto. Desde aquel lugar, en donde habia una rica vejetacion, una cuesta suave al principio, y que gradualmente iba siendo mas escarpada, conducia á la eminencia en donde se elevaba la garita del guarda-costa.

—Sin duda es vd. cazador? me preguntó Albino.

—¿Por qué me lo pregunta vd? le dije.

Es decir, añadió el contrabandista, que vd. sabe arrastrarse en silencio hasta el lugar en que se halla el animal. Pues bien, recurra vd. á su habilidad de cazador, porque es preciso que subamos hasta esa eminencia sin que nos vea ó nos escuche el vigilante, para dirigir desde allí una mirada al mar.

—Eso es muy fácil, tanto mas, cuanto que el guarda-costa se halla oculto en su garita.

—Lo que no impide que nos envíe una bala con su carabina; así, pues, ya está vd. advertido, marchemos.

Yo habia obedecido hasta entonces pasivamente las órdenes de mi compañero, y por amor propio le obedecí despues. Cuando la piragua quedó de nuevo oculta entre las cañas, comenzamos á ascender

en la colina. Era una lengua de tierra que limitaba por un lado el río Pánuco, y por el otro, el mar. A la derecha el agua dulce se precipitaba, murmurando en el océano; á la izquierda, las olas de agua salada se estrellaban con estrépito en los flancos y al pié del promontorio. De esta manera, el vigilante podía dominar el río y la alta mar. El ruido de las olas que se chocaban á nuestros piés contra el dique que formaba el peñasco, y el que minaban lentamente, ahogaba el ruido de nuestros pasos.

Era por lo mismo muy fácil avanzar sin que nos escuchasen, pero no pareció absolutamente posible escapar á las miradas del vigilante, luego que hubiésemos llegado al límite del bosquecillo, que cubría una parte de la colina. Así, pues, al llegar á aquel límite, hicimos alto. Creí que debía manifestar al contrabandista, que me parecía inútil y peligroso continuar nuestra ascension, puesto que desde el lugar en donde estábamos, dominábamos á la vez el río y el mar. En efecto, en aquel inmenso espejo azul y rojo que se extendía á nuestra vista, podíamos distinguir á lo lejos, hasta los remolinos que trazaban las aguas fangosas del Pánuco. El navío frances, al reflejo

de los rayos del sol, que iba á desaparecer en el horizonte, parecía vagar con velas de fuego. Algunas veces inclinándose al empuje de las frescas brisas que corren al caer de la tarde, mostraba el brillante cobre de su carena. Ignorante, como lo era yo entonces, y arrullado con los cuentos de algunos antiguos españoles, que nos pintaban á los franceses como herejes, réprobos y condenados, creía yo ver en los rayos del sol poniente que atravesaban las velas del bergantín, un reflejo de las llamas del infierno. La idea de entrar en relaciones con aquellos malos extranjeros me causaba el mayor espanto, y habria deseado, á enalquier costa, poder retroceder; pero era demasiado tarde; me ligaba mi juramento, y aquel dia debía decidir de toda mi vida.

Despues de haber hecho alto por un momento, guardando el mas profundo silencio, el contrabandista me dijo, que á pesar de mis observaciones, iba á ponerse en marcha hácia la cumbre de la colina.

—Si vd. tiene miedo añadió, puede volverse.

—¡Marchemos! le dije; ¡pero estamos desarmados!

—No necesitamos armas, respondió Albino con aspereza.

La voz del océano continuaba cubriendo el ruido de nuestros pasos, pero algunos palmeros, cuyos verdes penachos agitaba la brisa, eran en aquel lugar nuestro único abrigo contra las miradas del vigilante. En el caso en que éste saliese de su garita, éramos infaliblemente descubiertos.

—Yo arriesgo mas que vd., decia Albino en los cortos momentos en que tirados boca abajo, despues de algunos momentos de una marcha precipitada, respirábamos fatigados; el vigilante me conoce, y la primera bala será para mí.

Estas reflexiones del contrabandista no impedían que yo tuviese serias aprehensiones con objeto del segundo tiro de fusil del guarda-costa; no me cabia la menor duda de que me encontraba en una compañía muy peligrosa, con un hombre tan conocido. Sin embargo, el pabellon con los colores españoles continuaba flotando en lo alto del mástil de señales, y el vigilante no salia de su garita. En fin, llegamos á una barranca, especie de grada gigantesca, que terminaba en la cumbre del promontorio. Acostados en aquel punto, hicimos alto por última vez.

—Véamos desde aquí lo que hace el bergantín, dijo Albino, avanzando de ro-

dillas hácia la parte del promontorio que dominaba el océano.

Lo seguí arrastrándome como él, y desde allí pudimos abarcar con la vista cuánto se extendia á nuestros piés. El peñasco, en cuya cumbre nos encontrábamos, estaba tallado á pico á cosa de ochenta piés sobre el nivel del agna. Las olas azotaban su base con un ruido espantoso. A corta distancia del peñasco la mar se hallaba tranquila, y las aletas de dos ó tres tiburones que cruzaban por aquellos parajes, surcaban la superficie. En cuanto al bergantín, se habia puesto en paio, y se balanceaba bajo sus inmensas velas. Cerré los ojos para escapar del desvanecimiento que me causaba la profundidad del abismo.

—¡Ah! dijo el contrabandista, el bergantín está en paio; la maniobra es bastante extraña tan lejos de la costa, para que el aduanero tenga motivo para sorprenderse. ¡Ahora es el momento oportuno!

—¿Qué momento? pregunté.

—¡Cree vd., dijo Albino con ironía, que un hombre que cayese desde aquí al mar, seria hombre perdido?

—Se ahogaria antes de llegar á la superficie.

—¿Esa es la opinion de vd? A propósito to, ¿cuál es el nombre de vd?

—Ruperto Castaños.

—Pues bien, quédese vd. aquí, y oiga lo que oyere, aun cuando lo llame á vd. por su nombre, no se mueva.

Despues de haberme dejado por órden aquella especie de enigma, Albino Conde subió por el peñasco, tras el cual estaba yo oculto. Pensaba lo mismo que él, que el gurda debia estar muy ocupado en vigilar la maniobra sospechosa del bergantin frances, para observar lo que pasaba al rededor de su garita. Una terrible sospecha comenzaba á oprimir mi corazon. Escuché por algunos instantes, pero el silencio que reinaba en aquellos lugares, no lo turban mas que el ruido imponente del viento y de la mar. Repentinamente oí la voz de Albino, que gritaba: “¡Auxilio, Ruperto Castaños!” Olvidé la recomendacion de mi compañero, y escalé el peñasco, en el momento en que una detonacion, seguida de un grito de angustia, respondia al llamamiento de Albino.

Creí que era juguete de algun sueño. El contrabandista se hallaba solo en la cumbre del promontorio; quitó el pabellon español y lo reemplazó en el mástil por uno que indicaba la marcha del bu-

que. El promontorio se hallaba solitario. Adiviné la causa del grito que me habia asombrado y de la detonacion que habia oido. La falta de la garita era una prueba terminante de que al desgraciado guarda-costa lo habian precipitado con ella al fondo del océano, en donde el sol desaparecia en aquel instante. Quedé helado de espanto. Habia sido testigo y cómplice involuntario de un asesinato. El contrabandista habia querido comprometerme en aquella accion horrible, y habia pronunciado mi nombre arrojándolo á todos los ecos, para que me considerara encadenado á él por un lazo indisoluble. Albino respondió á mis reconvenciones burlándose de mí; en seguida, sin escucharme, sacó de su bolsillo un cohete grande, al que ató una varita que cortó de un árbol vecino. La luna se reflejaba en el océano, y el bergantin frances continuaba inmóvil en medio de los rayos luminosos que caian en sus velas blancas. El contrabandista sacó lumbre y prendió fuego á la pólvora; el cohete se elevó en los aires, trazó un surco de fuego en direccion del bergantin, y se apagó siflando en el agua.

—Ahora que ya he anunciado nuestra visita, partamos, dijo Albino.

Descendimos rápidamente la rampa del promontorio, subimos á la piragua, y no tardamos en llegar á tocar el punto en donde nos aguardaba el doctor.

—Señor doctor, dijo Albino, ¿podemos ir á bordo del bergantin frances con toda seguridad? nadie turbará el concilábulo político. ¡Vamos en marcha!

La noche estaba tan clara y trasparente, que sin excusar el crimen, al que contra mi voluntad habia coadyuvado, comprendí que nuestra visita á bordo del bergantin frances habria sido imposible ejecutarla en presencia del vigilante. El navío extranjero continuaba inmóvil. Un fanal; para que pudiéramos verlo, brillaba en la proa del bergantin, cuya precaucion era inútil, puesto que se distinguian claramente los palos y el velámen. Cuando llegamos á corta distancia en sus aguas, una voz pronunció estas palabras inteligibles, aunque mal pronunciadas: *¿Qué gente?*

—*¡Muera el mal gobierno, y viva la religion!* respondió el doctor con una voz que llegó hasta los oídos del que nos hablaba.

Adelante, respondieron del baque, y nuestra piragua se deslizó en la superficie de la mar: algunos momentos despues nos

hallábamos á bordo del navío. El orden admirable que en él reinaba, los trajes de los marineros, tan nuevos para mí, la idea de que me encontraba en medio de abominables herejes, todo concurría con las escenas precedentes, á causarme una profunda conmocion. Desde el momento en que habia salido de la taberna, me parecia que todo habia sido un sueño, puesto que cuanto habia sucedido era contra mi deseo y como obligado por la fuerza.

El doctor fué acogido con el mayor respeto; un personaje vestido de negro se avanzó á su encuentro en el puente, y despues de haber pronunciado ambas algunas palabras, descendieron al camarote, cuya claraboya me permitia ver una brillante iluminacion y un suntuoso ajuar. Entretanto los marineros franceses sacaban de la sentina y los ponian en el puente, muchos barriles de aguardiente y tercios de mercancías. Cuando se reunió la cantidad que podia colocarse en una canoa grande, bajaron una embarcacion al mar, y los marineros comenzaron á cargarla.

Al fin llegaron á prevenirnos á Albino y á mí, que el doctor nos suplicaba descendiésemos al camarote. Accedimos á aquella invitacion, y entramos con el

sombrero en la mano. El doctor estaba sentado frente á frente del hombre vestido de negro, delante de una mesa cubierta de papeles, sellados con lacre rojo. Sentámonos en unos taburetes á corta distancia de la mesa.

--Escuche vd., hijo mio, dijo el doctor, porque va á saber al fin qué clase de ventaja podemos poner á su disposicion.... Ya escucho á vd., caballero, continuó dirigiéndose al extranjero.

Yo escuchaba con la mayor atencion, porque iba á conocer el objeto de todas las evoluciones de aquel dia. El frances tomó la palabra, y con voz grave y solemne, y en muy buen español,

--Señor doctor, dijo: tengo el honor de repetiros, para que estas buenas gentes lo escuchen, que soy enviado por Su Magestad el emperador y rey Napoleon el Grande, con el fin de ofrecer á los pueblos de América, que hace trescientos años gimen en la esclavitud de España, la emancipacion y la independencia. Ya es tiempo de que México sacuda el terrible yugo que hasta hoy ha soportado. Para lograr este objeto, Su Magestad me autoriza para ofrecer en su nombre, á los jefes del gran moviento que emancipará á las dos Américas los auxilios necesarios

de hombres y de dinero, para llevar á cabo esta generosa empresa. Esos papeles que ha examinado vd. prueban la autenticidad del carácter de que me hallo investido; estos tratados que vd. ve (y el enviado puso á la vista del doctor otros papeles) celebrados con las casas mas ricas de los Estados-Unidos de la América del Norte, prueban igualmente la eficacia de las promesas de Su Magestad."

Confieso que escuchaba sin comprender aquellas palabras de independencia y libertad, y que no alcanzaba las ventajas que podrian resultar de una sublevacion contra España. El agente frances, parece que comprendió, que el contrabantista y yo no entendiamos una palabra, porque añadió:

--La independencia de México producirá incalculables ventajas materiales. El dinero que sacan vdes. de sus minas á costa de tantos peligros y fatigas, y que se conduce anualmente á España sin que quede un peso en el país; esas inmensas riquezas serán de vdes., cuando sus amos, no se las lleven de aquí. Los terrenos de México son fértiles, y apenas sacan vdes. partido de ellos; la parra, el olivo, el lino, el azafrán, cuyo cultivo está actualmente hiprobido en América, á fin de dejar á los